

SOMOS HECHURA DE DIOS
CREADOS EN CRISTO JESÚS PARA BUENAS OBRAS

ENSAYO 4 – HONRAR A DIOS —
SOMOS CREADOS PARA AMAR A DIOS CONFORME A LA PRIMERA TABLA
DE LA LEY

POR
REV. PETR KRAKORA
IGLESIA EVANGÉLICA LUTERANA CHECA, REPÚBLICA CHECA

PRESENTADO A LA REUNIÓN TRIENAL DE LA CONFERENCIA
EVANGÉLICA LUTERANA CONFESIONAL 2014
LIMA, PERÚ

“El hierro se afila con el hierro, y el hombre en el trato con el hombre”. – Proverbios 27:17

A modo de introducción

Le agradezco al Comité de Planeación que me haya pedido escribir un ensayo sobre la santificación. Sin embargo, la tarea me encontró en un momento en que luchaba con la comprensión de algunos de los temas relacionados con este asunto. Estoy seguro de que podrán detectar eso en las páginas que siguen, cuando vean que presento algunas de las ideas con, tal vez, un enfoque ligeramente distinto al que pueden estar familiarizados o al que pueden estar acostumbrados. Sencillamente no quería cortar y pegar escritos de personas más entendidas en el tema. En lugar de simplemente repetir como un loro, quise agarrar el tema con “mis propias manos”, por así decirlo, y formular las ideas como he llegado a verlas y a vivirlas.

Por otra parte, algunos de los pensamientos que presento aquí pretenden ser más bien “preguntas abiertas” en lugar de afirmaciones sólidas. Por lo tanto, puede suceder, a medida que lea o escuche este artículo, que esté en desacuerdo con algunos de los puntos que se sugieren en el documento. Espero que la siguiente discusión y reflexión sea fructífera para todos nosotros.

Y ése es, de hecho, *mi propósito al escribir este ensayo*: No quería simplemente repetir lo que ustedes pueden encontrar fácilmente en escritos más profundos, y con lo que todos los presentes están de acuerdo sin reservas. Por el contrario, lo hice con el propósito de estimularnos a ver verdades familiares, posiblemente, con unos anteojos nuevos o desde una nueva perspectiva. Realmente oro para que *todos crezcamos* en el conocimiento del Señor Jesús y en la admiración de la profundidad y la magnitud de su obra salvadora.

Por último, admito que no me he propuesto presentar este material como un *documento teológico*, sino más bien como un *mensaje pastoral*. Por eso no he escrito este trabajo de manera sistemática y exhaustiva. También voy a citar partes de mis anteriores sermones, en los que les expliqué a los laicos algunos conceptos difíciles de manera sencilla e ilustrativa.

1. La santificación en general

1.1 Definición de términos

Santificación viene del verbo *santificar*, que tiene como significado primario “*hacer santo*” —es decir, **apartar del uso o la condición común** para un **uso especial** o para una **condición especial**. Si consideramos el *estado pecaminoso* de la gente en este mundo como una condición común, entonces la santificación de los seres humanos significa hacerlos santos en términos de perfecta *impecabilidad*.

Usamos el término santificación en un **sentido amplio**, en el que la santificación (es decir, *hacer* santo a alguien) comprende tanto la justificación (esto es, *declarar* a alguien santo o ya no sometido a castigo) como la santificación en su **sentido estricto**, en el que la santificación (lógicamente) sigue a la justificación y significa “hacer santo” en términos de *recrear* el espíritu, el alma y cuerpo del hombre, y transformar la vida del hombre a la santidad.

De una **manera más flexible**, también nos referimos a la santificación como una *vida como la de Cristo* de un creyente sobre la tierra, una vida caracterizada y manifestada por *buenos frutos* de actitudes, pensamientos, palabras y obras piadosas.

1.2 Algunas cuestiones para considerar respecto de la santificación

Con respecto a la santificación, podemos hacer **preguntas** como éstas: ¿Cómo se relaciona la santificación con la justificación? ¿La santificación es un proceso, o un acto de un momento? ¿La santificación consiste en llegar a ser lo que debemos ser, o en ser lo que fuimos creados para ser? ¿Quién es el sujeto y quién es el objeto de la santificación (es decir, quién hace qué en la santificación)? ¿Cuál es entonces la base para la santificación? Vamos a buscar respuestas a estas preguntas. Esas respuestas prepararán el terreno para la segunda sección de este artículo: una consideración sobre la parte del “amoroso Dios” en la santificación.

1.3 La santificación en relación con la justificación

Hay **similitudes entre justificación y santificación** (entendidas en su sentido estricto a partir de ahora). Tanto la justificación, esto es, el pronunciamiento del veredicto de “no culpable”, por parte de Dios, como la santificación, es decir, la acción “transformadora” de Dios, se basan en la *obra de Jesús*, se fundamentan en la *gracia de Dios* (a saber, su amor inmerecido e infinito), y su beneficio lo obtenemos nosotros *por medio de la fe*.

Hay **diferencias significativas**, por otra parte, **entre justificación y santificación**. Desde un punto de vista lógico, la justificación *precede* a la santificación.

La justificación ocurre fuera del creyente y es un acto *judicial* de Dios; la santificación se produce en el *interior* del creyente y es un acto *operacional* de Dios.

Dios justifica al hombre por medio de la fe en la obra *terminada* de Cristo *por él*, mientras que Dios santifica al hombre por medio de la fe en la obra *continua* de Cristo *en él*.

En mi justificación *recibo para mí mismo* lo que Dios dice sobre mí y lo que él hizo por mí en Cristo —a saber, que mientras “en Adán” yo estaba perdido y muerto en mi pecado (la declaración de la ley), “en Cristo” ahora soy hallado y estoy vivo en su justicia (la declaración del evangelio). Entonces, en mi santificación, *aprendo a vivir desde y a actuar sobre* lo que Dios dice sobre mí y lo que él hizo por mí en Cristo — esto es, que estoy, realmente (!), muerto en conexión con Adán, pero en verdad (!), realmente vivo en relación con Cristo.

La justificación *altera* el *estatus* del hombre delante de Dios —pasa del de ser un “hijo de ira” condenado al de ser un “hijo de Dios” perdonado. La santificación consiste en *vivir una vida nueva* delante de Dios y de los hombres como resultado de que Dios *cambia* el corazón, *renueva* la mente, y de que su propio Espíritu *mora fructíferamente* en la persona.

La justificación *declara* la libertad que da Dios gratuitamente de *la culpa y el castigo eternos del (de los) pecado(s)*. La santificación *muestra* la libertad que Dios da gratuitamente del *poder del (de los) (pecado(s) cada día)*.

Aunque la justificación precede (lógicamente) a la santificación, son *inseparables* la una de la otra. La santificación del hombre ocurre (si se ve como un acontecimiento momentáneo) o comienza (si se ve como un proceso) al mismo tiempo que su justificación (subjetiva), es decir, en su conversión.

1.4 La santificación – ¿Un proceso, o un acontecimiento cumplido?

En documentos teológicos se pueden encontrar afirmaciones de que nuestra santificación es tanto un acto terminado, de una sola vez, como un proceso en curso sin fin en este lado de la eternidad. Por ejemplo, en el ensayo del Prof. Valleskey de 1984, titulado ‘El hombre nuevo y viejo en el creyente’¹, leemos lo siguiente:

Así, la Escritura se siente cómoda dándonos la santificación por una parte como la misericordiosa obra de Dios en el creyente, y por otra como la respuesta agradecida del creyente a Dios... La imagen de Dios en el hombre renovado se describe en términos **tanto de ser como de llegar a ser**, del nuevo hombre en el creyente como **estando completo** y como **“estando en formación”** dentro de él. La nueva vida del creyente es al mismo tiempo algo escondido y algo manifiesto.

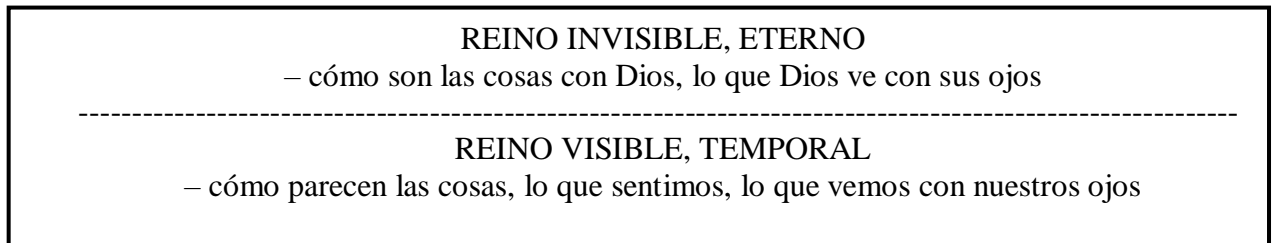
En efecto, la Biblia presenta con claridad esos dos puntos de vista aparentemente contradictorios. Por ejemplo, en su primera carta dirigida a la joven iglesia de Corinto, Pablo escribe: “A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los que han sido *santificados* (griego: participio perfecto pasivo) en Cristo Jesús y llamados a ser su santo pueblo (literalmente: llamados santos)” (1 Co 1:2). Por otra parte, leemos en la Carta de Pablo a los Romanos: “Pero ahora que han sido liberados del pecado y se han puesto al servicio de Dios, cosechan la *santidad* (o *santificación*), que conduce a la vida eterna” (Ro 6:22).

Ahora, ¿es posible reconciliar de alguna manera estos puntos de vista de la santificación —tanto como un estado acabado, y como un proceso continuo? Me he encontrado con **una ilustración**² que me parece particularmente útil en el tratamiento de la santificación. No es que esa ilustración sea capaz de armonizar todas las declaraciones de la Biblia y resolver todos los conflictos lógicos que hay en ella; pero sí proporciona una visión práctica sobre el significado básico y la comprensión adecuada de la santificación.

¹ El párrafo 2, disponible en línea en WLS Essay File – www.wlsessays.net/files/ValleskeyNew.pdf.

² La ilustración aparece en el libro 'The Rest of the Gospel' por Dan Stone y Greg Smith, publicado por One Press en 2000.

La ilustración se basa en las palabras de Pablo en 2 Corintios 4:18, donde el apóstol dice: “Así que no nos fijamos en lo visible sino en lo invisible. Ya que *lo que se ve es pasajero*, mientras que *lo que no se ve es eterno*”. Por lo que Pablo está hablando aquí podemos inferir que existen dos reinos o esferas de existencia. Uno es temporal, y consiste de cosas que se ven; el otro es eterno, y consiste en cosas que no se ven. Podemos representar esto de la siguiente manera:



En realidad, no hay una línea divisoria entre estos dos reinos; existen simultáneamente, y todos vivimos en los dos reinos (esto es, al menos durante el tiempo que estemos en el mundo).

Nuestra santificación, como un *acontecimiento de una sola vez, terminado*, es lo que ocurrió en el *reino eterno, invisible*, en el momento en que creímos en Jesús. Nuestra santificación como *un desarrollo en curso* es lo que está ocurriendo ahora en el *reino temporal, visible*. En otras palabras, por causa de Jesús, Dios siempre nos ve como *perfectamente santificados* en el *reino eterno* desde el momento de nuestra conversión (que se puede definir como el momento en que comenzamos a “ver” el reino invisible “por la fe”). Sin embargo, desde ese mismo momento, y también a causa de Jesús, estamos *progresando en la santificación* en el *reino temporal*.

Lo importante, entonces, es que **Pablo nos dice que “fijemos nuestros ojos” en lo que no se ve y es eterno**. ¡Y la fe hace exactamente eso! Compare la bien conocida, pero no igualmente bien entendida definición de la fe: “Es pues la fe la sustancia de las cosas que se esperan, la demostración (o convicción/persuasión) de las cosas que no se ven” (Hb 11:1; RV 1909)

La fe, como convicción de las cosas que no se ven, es esencial tanto para nuestra justificación como para nuestra santificación. En nuestra **justificación**, el reino eterno, invisible —con la gracia de Dios por doquier, con Jesús como el Hijo de Dios, con su obra a nuestro favor— fue revelado a nosotros en el Evangelio y creído por nosotros. Ahora, en nuestra **santificación**, por la fe seguimos “sacando provecho” y “extrayendo” de esas realidades eternas e invisibles, que nos son reveladas más y más a medida que “vemos por fe, no por vista” (2 Co 5:7). Con Pablo, aprendemos a “ver por fe” lo que Dios siempre ve y cómo lo ve —a saber, cómo se ve él (como totalmente confiable; como la fuente de toda bondad y de la vida— recuerde los nombres de Dios), cómo nos ve Él (como totalmente dependientes de su bondad y vida; como santos y completos en Cristo), y cómo ve a todos los que nos rodean (con la necesidad de conocerlo y conocerlo mejor). Aprendemos a ver de la manera que Dios ve, y a estar de acuerdo con él.

La distinción entre estos dos reinos es esencial para nuestra vida en este mundo. Porque en el reino visible temporal, vemos que nos estamos “consumiendo” (¡externamente!), que estamos afrontando “problemas” (¡problemas momentáneos!). Por lo tanto, Pablo nos dice de inmediato que pongamos los ojos en lo que no se ve. Él sabe que, al hacer eso, somos “interiormente renovados”, y que en el reino invisible tenemos en Cristo “una gloria eterna que vale muchísimo más” que todos los problemas actuales en el reino visible.

Así que, como creyente en Jesús, se me ha dicho que en Cristo soy un hijo de Dios santo, redimido y perfecto. Así es en el reino eterno invisible, y lo es en realidad. Puede que no lo vea con mis ojos, que no lo sienta. Puede que no lo experimente externamente. Puede que no siempre lo confirme con mis palabras y mis actos, pero “la Biblia me dice así” que el Espíritu del Padre le da testimonio a mi espíritu de que es así (Ro 8:16), y de esa manera “lo veo por fe”. Y mientras “camino por esa fe” —mientras oigo lo que dice Dios sobre la realidad invisible y pongo en práctica en el reino visible esas verdades (“llevar a cabo mi salvación”)— realmente es Dios el que obra en mí el querer y el hacer lo que Él prepara para mí de antemano. Y entonces los que me rodean comienzan a ver destellos de lo eterno en lo temporal. Ésa es mi santificación, en pocas palabras.

1.5 La santificación – ¿Llegar a ser santo, o ser santo?

La santificación, vista como un acontecimiento de una sola vez en el reino invisible, es un trato hecho. Al estar unidos por la fe con Cristo, que fue santificado (separado) por el Padre (Jn 10:36), llegamos a ser santificados (apartados) por Dios. Por lo tanto, la santificación, vista como un proceso continuo, no consiste en **llegar a ser santos**, en llegar a ser lo que no somos, sino en **ser santos**, ¡ser lo que somos ahora en Cristo! Tiene que ver con nuestro “llegar a lo nuestro”, por así decirlo.

Porque sólo los árboles buenos pueden dar buenos frutos. Así, lo que resulta en buenos frutos en nuestra vida es *ser buenos árboles* (¡así fuimos hechos en Cristo!), en lugar de *llegar a ser árboles buenos*. No somos hipócritas.

Algunas personas hablan de un “**ciclo de santificación**”; lo describen como *una secuencia interminable* de arrepentimiento, perdón, esfuerzo, caída, arrepentimiento, perdón, esfuerzo, caída, y así sucesivamente. Se supone que este ciclo va edificando gradualmente al creyente en su santificación. Pero, en realidad, eso suena más como si nuestra posición delante de Dios y las realidades del reino eterno invisible estuvieran fluctuando constantemente y dependieran en gran manera de lo que estemos haciendo, de si estamos a la altura.

Otras personas reaccionan ante este “círculo vicioso” poniendo de relieve el hecho de que nuestra santificación no consiste en nuestro *intentar*, sino en nuestro *¡morir!* Para avanzar en la vida cristiana no tenemos que “esforzarnos más” sino que hemos de morir y “sacar del camino a nuestro viejo yo”.

Sin embargo, para ser más precisos, tenemos que decir que la santificación consiste en **considerarse a sí mismo muerto y vivo en Cristo**. ¡Porque eso es lo que somos ahora! No llevamos nosotros a cabo diariamente nuestra muerte y no llevamos a cabo cada día la vida resucitada en nosotros. Ésas son acciones de Dios terminadas en el

reino invisible y eterno, y solo él (!!!) las llevó a cabo en la cruz de Jesús y en nuestro bautismo (a través del cual fuimos unidos a Jesús en su muerte y resurrección). ¡La vida cristiana se puede describir, entonces, como *confiar en, ser formado por, resistir con, actuar sobre, y vivir lo que es un hecho de Dios!* Nuestra muerte y resurrección espiritual en Cristo son una realidad, no una vana ilusión.

En otras palabras, **avanzamos hacia la semejanza a Cristo** cuando *adoptamos siempre más de la nueva vida de Dios* mientras que *dejamos que se vaya más y más nuestro viejo y muerto yo*. Es por eso que nuestra muerte con Cristo es tan importante. No nos estamos muriendo cada día, sino que estamos muertos y acostumbrándonos a eso. Eso se explica en este extracto de mi sermón de *Viernes Santo*, titulado ***Cuando la muerte significa el fin***.

...

Pero eso no es todo lo que murió en la cruz de Cristo en la noche del Viernes Santo. Además del fin de una *vida perfectamente santa del Hijo de Dios*, y además del final de *todos nuestros pecados y fallas*, vino otro final. Recuerde que nuestros problemas no eran sólo nuestros pecados, también era nuestro yo pecaminoso, nuestro pecaminoso corazón, nuestra pecaminosa identidad. El mayor problema era “quiénes éramos”.

Por la sangre derramada de Jesús, Dios nos ha perdonado todos los pecados, ¡aleluya! Pero si él se hubiera detenido ahí, finalmente tendría con él una “pandilla de pecadores” en el cielo cuyos pecados fueron perdonados, pero que todavía quieren huir de él, que aún se deleitan sólo en ellos mismos, para quienes el “lenguaje del amor abnegado” sigue siendo sólo una jerga oscura.

Es por eso que en la cruz del Gólgota Dios le puso fin también a *nuestro “yo pecador”*, a nuestra *identidad como la de Adán*. Jesús fue “el último Adán” porque les puso fin a todas las copias de Adán. “Estamos convencidos de que uno murió por todos, y por consiguiente todos murieron” (2 Cor. 5:14). A los ojos de Dios eso ocurrió en la cruz de Cristo hace dos mil años, pero esa *realidad de Dios* se hace *nuestra realidad* por medio del bautismo, porque es en el bautismo que somos unidos a Cristo en su muerte y nuestro viejo yo es crucificado con él.

Escuchen lo que dice el apóstol Pablo sobre esto en Romanos 6 (v. 3-11): “¿Acaso no saben ustedes que todos los que fuimos bautizados para unirnos con Cristo Jesús, en realidad fuimos bautizados para participar en su muerte?... hemos estado unidos con él en su muerte... Sabemos que nuestra vieja naturaleza fue crucificada con él... hemos muerto con Cristo... considérense muertos al pecado”.

Por medio de nuestro bautismo tomamos parte en la muerte y en el fin de la “manera de vivir como la de Adán”. Para nosotros, el Viernes Santo significa el fin de la antigua creación, de la vieja generación. Es el fin de la tiranía del mayor esclavizador, llamado el pecado, sencillamente porque su esclavo, nuestro viejo hombre, murió y está muerto. Si usted sabe que su viejo hombre está muerto, ya no está esclavizado por el pecado, “porque el que muere queda liberado del pecado” (Ro 6:7).

Con mucha frecuencia la gente de los círculos cristianos habla de “el nuevo nacimiento” —el nacimiento de arriba, por el poder del Espíritu Santo, el nacimiento en Cristo. Pero en cambio oímos muy poco de que *el nacimiento de lo nuevo* está

conectado con *¡la muerte de lo viejo!* De hecho, para que naciera lo nuevo era necesario que muriera lo viejo. Cuanto más sepamos, creamos y confiemos en esta segura palabra de Dios sobre que nuestro viejo hombre fue crucificado con Cristo, más plena y claramente vamos a vivir la nueva vida en Cristo. Porque Dios creó un yo completamente nuevo en nosotros, una nueva creación. En lugar de la vieja y muerta identidad (como “hijos de la ira”), nos dio una nueva, la identidad de hijos de Dios, de Crist-ianos.

Ahora, ¿qué significa todo eso para nuestra **vida cotidiana**? Bueno, ¿recuerda a los israelitas que salieron de Egipto? Las aguas del mar Rojo que se habían dividido se cerraron aplastando al ejército del faraón y poniendo un final definitivo a la esclavitud del pueblo de Dios. Salieron de Egipto, pero Egipto no salió por completo de ellos. Estaban listos a aprender a caminar en su libertad recién adquirida, en la libre dependencia de su Señor, que era un desafío diario para ellos, una nueva “experiencia de aprendizaje”. Y lo es también para nosotros. Para nosotros, que sabemos —y contamos con eso— que el Viernes Santo murió el santo Hijo de Dios, y nuestros pecados también murieron en él, y nuestro viejo hombre murió con él.

¿Entonces, en esta libertad recién adquirida, vamos a seguir viviendo de acuerdo con el “viejo Adán muerto” que hay en nosotros? ¿O vamos a vivir de acuerdo con el “Cristo vivo” que está en nosotros? ¿Vamos a seguir llevando nuestra vieja “vestimenta fúnebre” —vestimenta de preocupaciones, deseos y pasiones de este mundo, ropa que ya no queda en lo que somos ahora, que ya no nos pertenece? ¿O, por el contrario, vamos a abrir cada día el “nuevo guardarropa” con ropa hecha a la medida por un sastre, que se ajusta a nuestra nueva identidad en Cristo? ¿Vamos a seguir hablando el “viejo idioma de este mundo”, o vamos a hablar en nuestra “nueva lengua materna”, en la cual otros puedan alcanzar a oír la voz de Cristo?

Cada vez, antes de que decida, recuerde (como hicimos hoy) a qué le puso fin el Viernes Santo. Y recuerde que no tiene que esperar la nueva vida hasta el tercer día, porque por fe está disponible ahora, en el Jesús resucitado, que resplandece en su corazón. “De la misma manera, también ustedes considérense muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús” (Ro 6:11). Amén.

* * *

Lo repetimos, no morimos cada día, sino que diariamente nos estamos acostumbrando a *estar muertos*. La otra cara de la misma moneda es que no *llegamos a estar vivos* en Cristo cada día de nuevo; nos estamos acostumbrando a *estar vivos* en él... ¡y a que él viva en nosotros! Esta vida y gobierno de Jesús en nosotros se comentan en mi *Sermón de Pascua*, titulado ***El amor nunca falla***. (El texto fue 1 Cor. 13 – el capítulo del Agape. Después de poner el nombre ‘Jesús’ en lugar de la palabra ‘amor’ en el texto, y de mostrar que Jesús era paciente y amable, que no se jactaba ni era orgulloso, etc., llegó la última característica de amor).

El amor, es decir, Jesús, nunca falla, nunca termina. Parecía que su amor no valió la pena, que sólo trajo problemas y muerte. Pero era sólo apariencia. La noche de Pascua y la resurrección de Jesús demuestran que el amor nunca será vencido, que nunca caerá en el polvo como un “perdedor”. Puede ser que al mundo le parezca de otra

manera, pero Dios nos explicó claramente cuando resucitó a Jesús de entre los muertos, que: **Mi agape nunca falla.**

Por esa razón, este amor nos invita a convertirnos en parte de él, a someternos a él, de modo que no fallemos ni muramos por siempre. ¿Está diciendo que usted no es capaz de tal amor? Ninguno de nosotros lo es. Pero, ¿qué pasa si hay uno que mora en usted que es capaz de tal amor —que es el Ágape mismo? ¿Que puede amar con paciencia y bondad hasta a los niños problemáticos? ¿Que simplemente no puede jactarse de que es dueño de esto o aquello? ¿Que no puede envidiar lo que otros tienen? ¿Que puede soportar toda la injusticia y las dificultades? ¿Qué pasa si alguien como el ‘Amor Mismo’ mora y reina en usted?

Ciertamente hay sólo un verdadero y perfecto hombre amoroso: —Jesús. Él nos aceptó tal y como éramos. Lo hizo no sólo para limpiarnos de la suciedad del pecado; lo hizo para que así more en nosotros por medio de su Espíritu. Es sólo por nuestra unión con Él que podemos levantarnos por la mañana, abrir la Biblia y leer las mismas palabras sobre el amor que leemos hoy, mientras que sustituimos nuestro nombre en el texto:

“Porque tú estás en mí, Señor de Amor, soy paciente y bondadoso, no tengo envidia ni me jacto, no busco lo mío, no me enojo con facilidad, no guardo registro de errores, siempre protejo, siempre confío, siempre espero, siempre persevero. Ése es mi nuevo yo en ti y nunca va a fallar”. Inténtelo y vea la diferencia que el Señor va a hacer en este mundo a través de usted. Guste y vea que Cristo en usted es amor. Amén.

* * *

1.6 El objeto y el sujeto - o ¿Quién hace qué?

Algunos creyentes piensan que, como la justificación es “lo que Jesús hizo por nosotros”, la santificación debe consistir en “lo que nosotros hacemos por Jesús”. Pero, en realidad, nuestra santificación, de la misma manera que nuestra justificación, tiene que ver **totalmente con Jesús.** Él es el *sujeto* (dador); nosotros somos los *objetos* (receptores) en la operación *trans-formadora* de nuestro espíritu, alma, mente y cuerpo, así como los *instrumentos* (portadores) en su *producción* de frutos agradables a Dios en nuestro vivir para otros.

La unidad espiritual con Cristo es vital para nuestra santificación. Pero los *roles* en la unión son diferentes para él y para nosotros —tal y como son en el matrimonio y la maternidad. Vamos a ver cómo se aclara esto en mi sermón, titulado ***La vida cristiana es una vida fructífera.***

Voy a preguntarles, como cristianos que son: “¿Cómo definirían ustedes la *vida cristiana*? ¿Cómo la describirían o la caracterizarían?”. Las respuestas que voy a obtener de ustedes van a ser muy probablemente de *dos tipos*: algunos de ustedes van a hablar sobre el **aspecto externo de la vida cristiana** —es decir, cómo se ve esa vida, cómo se manifiesta en el comportamiento del creyente, en sus relaciones, en sus decisiones, en sus prioridades, en sus reacciones ante la injusticia, en el manejo de las tentaciones, las emociones, y así sucesivamente. Otros, por el contrario, podrían verlo desde otro punto de vista y se centrarían en el **aspecto interno de la vida cristiana** —

es decir, cómo llega a existir esa vida, de dónde se deriva, quién la produce, cómo se desarrolla.

Es interesante que a menudo oigo y leo acerca de la primera parte, el aspecto externo de la vida cristiana, y lo poco que hay de la otra parte, el aspecto interno de dicha vida. Muchas veces he oído cómo yo, como cristiano, debo comportarme, que debo amar a mi esposa, a mi prójimo, incluso a mi enemigo, que debo poner la otra mejilla, que no me preocupe por el mañana, etc., etc. La lista continúa. Rara vez, sin embargo, oigo cómo puedo hacer todo eso, ¿cómo puedo lograr eso, dónde puedo obtener la fuerza y el valor para todo eso?

Es evidente que esos dos aspectos de la vida cristiana están estrechamente relacionados y unidos entre sí. Cuanto más conozco y experimento la faceta interna de la vida en Cristo, tanto más se va a manifestar y va a obrar la faceta externa de esa vida. La razón para que sea así la podemos ilustrar con el **fenómeno del embarazo y la maternidad**.

Imagine una mujer joven que quiere quedar embarazada. Puede leer montones de libros sobre el embarazo, hablar constantemente sobre el embarazo, soñar con el embarazo noche y día. Sin embargo, todo es en vano. Incluso se puede poner debajo de la blusa una almohada para aparentar que está esperando un bebé; pero no va a ser algo real. Del mismo modo, podemos leer libros acerca de la vida cristiana, podemos hablar sobre ella cada día, soñar con ella, cómo sería si... pero eso no serviría para nada bueno. Algunos pueden incluso tratar de fingir que llevan una vida cristiana, pero es sólo un relleno. De la misma manera que una mujer no puede quedar embarazada por ella misma, un creyente no puede llevar una vida cristiana por sí mismo. En cada uno de esos casos, ¡se necesitan dos! **Dos, que llegan a ser uno.**

...

Una mujer tiene que conocer íntimamente su *unión física* con su hombre para quedar embarazada. Nosotros, como cristianos, tenemos que conocer íntimamente nuestra *unión espiritual* con Cristo.

No son indispensables libros de cómo hacerlo, ni manuales de auto ayuda. ¡Necesitamos al Cristo que vive en nosotros para toda buena palabra y obra! ¡No necesitamos hablar de la vida cristiana ni sólo soñar con ella, la tenemos disponible en la comunión vivificante con Jesús! ¡Unidos con Él daremos mucho buen fruto para Dios! Como lo prometió: “El que permanece en mí, como yo en él, dará mucho fruto” (Juan 15:5).

...

Hay otros puntos importantes sobre los que podemos meditar en la ilustración acerca de tener hijos. Cuando una mujer está embarazada, es difícil ocultarlo, ¿no es así? Eso se nota. Tarde o temprano, los demás lo van a notar. Y algunos pueden ir a ella y preguntarle: ‘Usted está esperando un bebé, ¿verdad?’. Y la mujer los va a corregir y a decir: ‘No, estamos esperando un bebé —mi esposo y yo’. La mujer sabe que es ella la que lleva el bebé en el vientre, sabe que es ella la que va a traer al bebé a este mundo. Pero también sabe que el padre del bebé participó en su concepción. La mujer lleva el bebé y da a luz al niño, pero el hombre fue insustituible en su concepción.

Usted se preguntará ¿cómo se **relaciona eso con nuestra vida cristiana**? En primer lugar, vemos que los buenos frutos en la vida cristiana (su aspecto externo) vienen, como un bebé, como un resultado y producto de una *vida estrechamente compartida* del cristiano con Cristo Jesús. En segundo lugar, vemos que cuando aparecen los buenos frutos “sobre nosotros”, el mundo lo nota y puede pensar que el fruto viene de nosotros, que es por nuestro valor y mérito que somos amables, de tierno corazón, amorosos, indulgentes, alegres, alentadores. Pero sabemos muy bien que, aunque nos pueda gustar que nos adulen, sólo somos portadores de los frutos y que Alguien más es el que engendra y es su Autor. Es Él, con el que somos uno, que está en nosotros y nosotros en Él. Y hasta puede suceder que los demás puedan ver, en sus palabras y actos de amor, una semejanza de Cristo. Y como somos nosotros los que presentamos esas palabras y actos a este mundo, ellos también llevan nuestro sabor y aroma, de la misma manera que los hijos se parecen a su padre y a su madre.

¿Cuál es entonces la **lección para llevar a casa**? Tal vez ésta: Si usted viene y me pregunta: “¿Cómo debo llevar mi vida cristiana?”, le puedo dar una sola respuesta: “Yo no sé *cómo usted* la pueda llevar, ¡pero sí sé *quién* la puede vivir *por medio de usted!*”. Si me pregunta: “¿Cómo puedo volver la otra mejilla a alguien que me golpeó?”, le respondo de nuevo: “Yo no sé cómo lo puede hacer *usted*, pero sí sé *quién* lo puede hacer por medio de usted”. Usted pregunta: “¿Cómo puedo ir dos millas con alguien que me obliga ir una milla?”, o “¿Cómo le puedo dar mi abrigo a alguien que me robó la camisa? ¿Cómo puedo sufrir la injusticia y el daño? ¿Cómo puedo perdonar y amar a alguien que me hizo daño?”. Digo, yo no sé cómo, sólo sé quién. Sé quién lo puede hacer por medio de usted: Cristo Jesús puede. Sé que él lo puede hacer. ¡Y usted es uno con él ahora y por siempre! Si usted pregunta: “¿Cómo me puedo sacrificar por mi esposa que me sigue gritando? ¿Cómo me puedo someter a mi esposo que nos tiene abandonados a mí y a mi familia? ¿Cómo puedo honrar a mis padres que son tan rudos? ¿Cómo puedo?”. Yo no sé cómo pueda usted; pero sé que el viviente Señor Jesús, que es uno con nosotros en espíritu (1 Cor. 6:17), que está en nosotros y que es más poderoso que el que está en el mundo (1 Jn 4:4), él puede, y lo hará. Sencillamente tranquilícese y confíe en él para que lo haga.

Mientras tanto, los invito a escuchar y meditar en las palabras del apóstol Pablo en su carta a los cristianos de Roma: “Así mismo, hermanos míos, ustedes murieron a la ley / es decir, a las reglas y normas / mediante el cuerpo crucificado de Cristo / en el que se pagaron todas sus deudas con la ley /, a fin de pertenecer al que fue levantado de entre los muertos /es decir, a Cristo/. De este modo daremos fruto para Dios” (Ro 7:4).

El embarazo es visible. Su unión con Jesús, su pertenencia a Él, también será visible en su vida cristiana. Ésa es su promesa, en la que usted puede confiar. Amén.

* * *

Es en nuestra unión con Cristo que tiene lugar nuestro íntimo y fructífero “conocimiento de él”. En Cristo, “Su divino poder nos ha concedido todas las cosas que necesitamos para vivir como Dios manda” (2 P 1:3). A través de nuestro compañerismo (compartimiento) con el Padre y con el Hijo por medio del Espíritu, podemos “escapar de la corrupción que hay en el mundo debido a los malos deseos, y llegar a tener parte en la naturaleza divina” (2 P 1:4).

Sin estar en Cristo no podemos hacer nada. Cuando se está en Cristo, *el único que puede cumplir con la ley del amor de Dios*, Él puede hacer cosas imposibles por medio de nosotros... incluyendo amar a Dios de acuerdo con la **primera tabla del Decálogo**. Sólo “Jesús en nosotros” puede y nos va a llevar: (1) a no tener otros dioses aparte del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; (2) a utilizar el nombre del verdadero Dios elocuentemente y no en vano; (3) a recordar el día de reposo para santificarlo en su sentido más genuino. Sólo Jesús, el perfecto cumplidor de la ley, puede hacer por medio de nosotros lo que nunca nos podríamos acercar a hacer bien por nosotros mismos.

A continuación, en la segunda sección de este documento, se tratan los **tres primeros mandamientos de Dios**, ya que pertenecen a la vida santificada del creyente en Cristo. Aquí se examinan algunas ideas sobre los Diez Mandamientos, junto con algunos errores comunes y sutiles para que los cristianos estén advertidos de ello³.

³ Hallé inspiración en el libro 'The Ten Commandments' de Stuart Briscoe, publicado por Harold Shaw Publishers en 1993.

2. La santificación a la luz de la primera tabla de la ley

2.1 La santificación y el Primer Mandamiento

“No tendrás dioses ajenos delante de mí”

Sólo Dios es Dios. El verdadero Dios —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo— es y será siempre el autor y la fuente de todas las cosas buenas. Él es el proveedor y dador permanente. El verdadero Dios también posee y ejerce la autoridad suprema por encima de todo lo que no es Él. El verdadero Dios es, pues, el Juez de todas las criaturas, mientras que al mismo tiempo es su misericordioso Justificador. No hay nada que el verdadero Dios exija y que él no quiera dar. No hay otro como él.

Por nuestra relación con Jesús, tenemos *su sabiduría* para ver a Dios como realmente es. También tenemos a nuestra disposición *su motivación* y *su poder* para vivir de acuerdo a él. Estamos “unidos a Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho nuestra sabiduría —es decir, nuestra justificación, santificación y redención” (1 Co 1:30).

¿Qué quiere decir: “de acuerdo a él”? A pesar de que son uno con Jesús, a pesar de ser llamados “hijos de Dios”, los cristianos siguen siendo *criaturas*. Por tanto, nuestra santificación no se puede ver como una especie de viaje *hacia arriba, hacia el cielo*, hacia la altísima dignidad. Eso es sólo otro giro de la vieja mentira: “¡Serán como Dios!”... si no inmediatamente, después de comer el fruto, al menos por la evolución hacia alguna forma de dioses independientes. El punto de vista correcto de la santificación es más bien el de un viaje de regreso a la tierra, a la tarea de ser verdaderamente humanos, el tipo de criaturas que Dios nos hizo para ser —a saber, los que llevan **su imagen** en el mundo, los que son **expresiones dependientes de su vida, santidad, sabiduría, justicia, cuidado, amor, paciencia, bondad**, etc. Vivimos “de acuerdo a él” cuando vivimos como los que llevan a Cristo a este mundo —¡siendo nosotros mismos llevados por Él!

Por lo tanto, un sistema de religión está en contra del primer mandamiento si trata de apartar nuestra atención de Jesucristo y de su obra *por nosotros* (en la justificación), *en y por medio de nosotros* (en la santificación), y en su lugar nos dirige a nuestros propios esfuerzos y actividades, se centra en nuestra dedicación y re-dedicación, pone de relieve nuestros logros o fracasos,... se enfoca simplemente en nosotros.

Por el contrario, la nueva creación que somos ahora encuentra su centro no en sí misma, sino en Jesús. Él ahora es nuestra Vida. Él es ahora nuestro **punto de referencia** por el cual vemos y tratamos con todo —nuestras relaciones, valores, prioridades, manejo de finanzas, vida en el matrimonio, etc. Como ramas, sólo podemos concentrarnos en la vid, no en nosotros mismos, ni siquiera en nuestros frutos— porque éstos se producirán natural y automáticamente, al ver cada vez más lo que Pablo vio, que “para mí el vivir es Cristo” (Fil 1:21).

Ningún programa religioso, ningún ejercicio espiritual, ninguna actividad de autosuperación puede hacer lo que sólo puede hacer Dios en Cristo. Algunas de estas cosas, como la lectura de la Biblia y la asistencia a la iglesia, pueden servir como buenos medios para “que nos centremos en Jesús y nos emocionemos por él”, y eso está bien. Son para eso. Pero si esas cosas se convierten en un fin en sí mismas, entonces

hemos **convertido los medios en fines**, y hemos puesto el caballo detrás de la carreta. Incluso las actividades piadosas pueden tomar el lugar de Dios en nuestra vida.

Además, los ídolos convencionales y populares como el dinero, las posesiones, el poder, la influencia, o el sexo, incluso **cosas o lugares asociados con Dios** son “adorados como dioses” cuando se convierten en **más importantes que las personas**. Los materiales o lugares de culto en el moderno Israel pueden tener prioridad sobre los seres humanos que nos rodean, a quienes Dios tiene la intención de volver a crear a su imagen. “¡Esas gentes no se sentarán en nuestras bancas bellamente talladas de la iglesia!”, es un síntoma de que algo anda mal ahí.

Del mismo modo, presentar el edificio de la iglesia como “la casa de Dios” se presta a malentendidos y a idolatría. La gente podría pensar que puede tener a Dios ahí dentro, visitarlo una vez a la semana, y por lo demás llevar su vida como quiera. En realidad, los cristianos que están dentro del edificio son “el templo de Dios” (1 Co 3; 6), el templo del Espíritu Santo que reside en ellos. En verdad, “el Altísimo no habita en casas construidas por manos humanas” (Hch 7:48).

Hacer a Dios a nuestra propia imagen, prefiriendo nuestra propia imaginación a la revelación de Dios, modelando a Dios en un estilo popular, reduciendo a Dios a una máquina expendedora (“Haga lo que hay en esta lista de control y va a obtener lo que desea = ponga una moneda aquí y va a salir lo que usted desea”) —hay muchas y diversas maneras en que incluso los creyentes se pueden desviar respecto al primer mandamiento. A pesar de eso, el Señor Dios permanece fiel a él mismo y paciente en su misericordia.

2.2 La santificación y el Segundo Mandamiento

“¡No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano!”

Sólo Dios es Dios. Y su nombre es santo. ¿Qué significa su nombre? Representa su *reputación* —la manera como es conocido; representa su *personalidad* —cómo es él; representa su *autoridad* —lo que él es capaz de hacer. A diferencia de los dioses falsos, que reciben sus nombres de los que los crean, el verdadero Dios revela e informa a los hombres su nombre. Él toma la iniciativa. Es como si dijera: “No me hagan a la manera que quieren que yo sea. Yo soy el que soy. Y voy a demostrar quién soy yo. Soy conocible por mis nombres”.

Conociendo íntimamente el nombre de Dios, *confiando* en lo que representa su nombre, *invocando* su nombre empezamos a *comprender* su reputación intachable, a entender su maravillosa personalidad, y a experimentar su autoridad suprema en nuestra vida.

La Biblia nos dice que es **Jesús** quien nos revela el nombre de Dios, siendo él mismo el **cumplimiento** de todo lo que representan los nombres de Dios. Considere, en particular, algunos de los **nombres compuestos de Dios**. Jesús es llamado *Emmanuel* (Dios con nosotros —a nuestro lado); Jesús es realmente *Jehová-Jireh* (El Señor provee —para todas nuestras necesidades); Jesús es nuestro *Jehová-Rafá* (el Señor sana —del pecado y sus consecuencias); es nuestro *Jehová-Nissi* (Jehová mi bandera —de la victoria); es nuestro *Jehová-Tsidkenu* (el Señor nuestra justicia); Jesús es nuestro

Jehová-Raah (el Señor es el pastor —el Buen pastor que dio su vida por las ovejas); Jesús es nuestro *Jehová-Sama* (el Señor está presente —ahora también en nosotros); Jesús es *Jehová-Shalom* (el Señor es la paz —con Dios); y Jesús es *Jehová-Súa* o *Jehoshua* (el Señor es la salvación —de todos los peligros y amenazas).

Al considerar el Segundo Mandamiento tenemos que darnos cuenta de que, como creyentes en Jesús, *llevamos en nosotros mismos el nombre de Dios*. Su nombre fue pronunciado sobre nosotros cuando fuimos *bautizados en el nombre del Dios Trino*. Tenemos el honor de llevar el nombre de Crist-ianos. Hemos sido unidos con Aquel que cumple con todos los nombres de Dios. Como resultado, tenemos **el privilegio y la capacidad de hacer conocido al Dios conocido** —porque él se expresa por medio de las palabras sanadoras que nos da; por medio de los actos de amor desinteresado que él prepara para nosotros.

Entonces, ¿cómo pueden los creyentes tomar el nombre de Dios en vano? Note que la palabra *vanidad* indica que algo está *vacío de contenido, dejado sin valor o sin importancia*. Una de las maneras de dejar “vacío” el nombre del Señor es tratando de **hacer un nombre para nosotros o para la iglesia** a la que pertenecemos. Muchas veces los cristianos hacen obras “en el nombre de Jesús”, pero pueden estar concentrados en crear *su propia reputación*, o lo hacen con *su propia autoridad* en el fondo. Cuando usted y yo nos encontramos con personas que no tienen iglesia para hablar de Jesús, ¿alguna vez nos olvidamos de mencionar inmediatamente a cuál iglesia pertenecemos? Cuando organizamos actividades con Jesús como el centro, ¿alguna vez nos olvidamos de señalar en la invitación que es nuestra iglesia la que realiza o patrocina el evento? El propósito por el que hacemos cosas por el prójimo, como cristianos, ¿ha sido alguna vez recibir una palmadita en la espalda?

Otra manera de quitarle importancia al nombre de Jesús es en las **oraciones**. Muchas veces, los creyentes terminan sus oraciones diciendo: “oro en el nombre de Jesús”, a pesar de que, en ocasiones, todo aquello por lo que oraron se dirigió a *ellos*, se centró en *ellos*, y tenía el propósito de *su gratificación*. No sorprende que Dios no responda oraciones con motivos equivocados (Santiago 4:3), no importa con cuánta frecuencia se les añada el nombre de Jesús.

Hay otras maneras en que los creyentes pueden caer en lo que respecta al Segundo Mandamiento. Sin embargo, se pueden regocijar porque en el nombre de Jesús —adulterado de manera sutil o grotesca por ellos mismos— está todavía su salvación.

2.3 La santificación y el Tercer Mandamiento

“Acuérdate del día de reposo, para santificarlo”

Sólo Dios es Dios, y él es el mismo todos los días. ¿Por qué un día especial de descanso, entonces? Jesús dijo que ese día fue **hecho para el hombre**, y no al contrario (Mr 2:27). En las Escrituras del AT se mencionan al menos *cuatro razones*. Primero, tenía el propósito de *darle al hombre un descanso* de su diaria labor para que repusiera sus fuerzas. Los seres humanos no son robots y no pueden estar haciendo el máximo esfuerzo siete días a la semana. Segundo, era una ocasión para que el pueblo de Dios *demonstrara la confianza en su Dios* y su *dependencia* de él. Tenían que creer que Él se haría cargo de ellos, incluso si dejaban de trabajar un día de cada siete. La tercera razón

era dar a los creyentes *un tiempo para reunirse y adorar* a Dios, recordando los actos de fiel amor que había hecho por ellos. Era una ocasión para que el pueblo de Dios volviera a escuchar y a reflexionar sobre las grandes verdades del Dios que los salvó. La última razón, pero no la menos importante, es que era una forma de *señalarle al pueblo a Jesús como el que da el descanso espiritual*.

Ahora, los creyentes pueden **perder el interés en la adoración pública**. Pueden pasar por alto ocasiones para escuchar a Dios hablándoles, para compartir la vida y el amor del Señor con los miembros de la familia de Dios. Una de las razones es que les parece que no están obteniendo nada nuevo ahí. Sienten que les falta algo en el “maquillaje espiritual” y no les parece que la adoración se lo proporcione.

Permítanme que haga aquí una nueva cita de mi sermón titulado ***¿Está usted hambriento y sediento?*** Ese sermón se basó en las palabras que pronunció Jesús junto al pozo en Samaria, sobre la diferencia entre su agua que da vida y el agua potable normal (Jn 4:13-14).

A veces, los cristianos creemos que lo que tenemos en Cristo no es todo lo que necesitamos espiritualmente; como si se pudiera lograr algo más. Podemos pensar de esta manera: “Bueno, tengo a Jesús en mi corazón. Ahora dame una congregación más grande, una iglesia más bonita, un mejor predicador, cantos modernos para alabar, equipos de alta tecnología. Y entonces sentiré que tengo todo lo que necesito espiritualmente; entonces me sentiré pleno y satisfecho. Así estaré seguro de que mi vida cristiana también va a funcionar mucho mejor para mí”.

Pero, Jesús habla aquí de una manera muy diferente. **Nadie ni nada nos puede dar lo que ya tenemos en Cristo mismo** —aunque quizás lo tenemos sin saberlo y sin que nos aproveche. De hecho, en el bautismo fuimos unidos con Cristo ¡y con Él obtuvimos todo! A todos nos dio a beber el Espíritu; y él, como la fuente de agua viva, ahora está en nosotros, “esperando” para brotar, manar, fluir y derramarse en la vida de los que nos rodean. ¿Qué impide que fluya? ¿Nuestros engañosos sentimientos? ¿Nuestra falta de confianza? ¿La timidez para usar y compartir con confianza lo que tenemos en Cristo? ¿O todavía somos nosotros mismos el centro de nuestra vida, en lugar de él? Crea que Jesús es suficiente; si lo tiene a él, usted está completo y con él tiene todo lo que va a necesitar espiritualmente.

...

Entonces, en nuestra reunión de adoración, los cristianos no obtenemos nada por encima ni además de lo que ya tenemos en Cristo. Pero nos reunimos como iglesia para *descubrir, recordar, reafirmarnos y disfrutar y compartir* lo que es nuestro por fe en conexión con Jesús. Creemos y somos edificados “en el conocimiento de Cristo” y de los dones que él nos dio en el momento del bautismo para que los podamos usar por fe. Dios no nos da un trozo de paciencia aquí y otro de valor allí, y un trozo de bondad más tarde. No, tenemos la plenitud de Cristo siempre disponible. Nuestra santificación consiste, entonces, en hacernos a un lado de la escena en todos los aspectos de la vida y dejar que Cristo intervenga y haga en nosotros lo que sólo él puede hacer: amar al Padre y amar al prójimo que no es digno de amar. De esa manera se hacen realidad las palabras del profeta: “Porque aguas brotarán en el desierto, y torrentes en el sequedal. La arena ardiente se convertirá en estanque, la tierra sedienta en manantiales

burbujeantes” (Is 35:6-7). Que el agua viva del Espíritu en usted brote y nos refresque mutuamente. Amén.

* * *

Otra trampa para los creyentes en relación con el tercer mandamiento es su **observancia meticulosa**. Ir a la iglesia el domingo por la mañana, volver en la tarde del domingo y una vez más en la noche del domingo. Es el día del Señor, ¿o no? Además, nada de juegos al aire libre para los niños el domingo. El domingo sólo se permite la oración, la lectura de la Biblia y participar en tranquilas conversaciones familiares.

Con esas dos actitudes, los cristianos pueden *perder lo esencial* de santificar el día de reposo; lo esencial es **nuestro descanso en Jesús** —descansar de los esfuerzos para justificarnos ante Dios (justificación); descansar de los esfuerzos para llevar nuestra nueva vida por algo distinto de la fe en Cristo que mora en nosotros (santificación).

2.4 Resumen

Como hemos visto, la base de la vida santificada, incluyendo el manejo de los primeros tres mandamientos del Decálogo, es nuestra unidad, nuestra conexión vital con Jesús. Como pecadores estábamos ciertamente *separados* de Dios por nuestros pecados y maldad. Pero Dios, por medio de la cruz de Cristo, puso un puente sobre el abismo entre nosotros y él y, por medio del bautismo, nos puso en Cristo, y así *nos unió* a él otra vez. Nos separó de nuestros pecados y nuestra maldad, y nos hizo uno con él por medio de Cristo, que se hizo nuestra vida.

“Ustedes han *muerto* y su vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, que es la *vida* de ustedes, se manifieste, entonces también ustedes serán manifestados con él en gloria” (Col 3:3-4).

Necesitamos que se nos *recuerden* estas **realidades invisibles y eternas**, por medio de la Palabra de Dios escuchada y leída, por la cena del Señor correctamente recibida y comprendida. Afectan la forma en que vivimos en el **reino visible y temporal**; afectan nuestra **santificación**. Que este documento sirva para el mismo propósito.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

I. En la parábola de Jesús sobre la vid y las ramas, ¿qué representa la justificación, y qué la santificación? (Vea Jn 15:3 y Jn 15:2,4)

II. En la narración del lavamiento de los pies de los discípulos, en la respuesta de Jesús a Pedro, ¿qué representa la justificación y qué la santificación? (Vea Jn 13:10)

III. A veces nuestra *gratitud por la justificación* se presenta como la motivación para y la fuente de la santificación. ¿Por qué no es cierto? ¿Es la gratitud una fuente o una manifestación de la santificación?

IV. Rehacer a Dios y su mensaje para que se ajusten a los puntos de vista de la sociedad es una forma de idolatría. La iglesia cristiana siempre sufre la tensión de sostenerse en la verdadera revelación de Dios, para comunicarla al mundo de hoy.

¿De qué maneras somos tentados a *permanecer relevantes* pero *perder la fidelidad*?
¿De qué maneras somos tentados a *permanecer fieles* y *perder la relevancia*?

Y, lo que es más importante, ¿de qué maneras podemos *permanecer veraces acerca de Dios* y llegar a ser *relevantes para la sociedad* de las personas que no lo conocen pero que lo necesitan?

V. Cuando los israelitas del AT hacían juramentos, invocaban el nombre del Señor, diciendo algo como: “Tan cierto como el Señor vive”. ¿De qué manera podrían haber usado de modo *apropiado* el nombre de Dios? ¿De qué manera podrían haber utilizado el nombre de Dios en *vano*?

VI. ¿De qué manera arrojó Jesús, con sus actos y sus anuncios, nueva luz sobre qué era el día de reposo?

VII. ¿Cuál es la diferencia entre vivir como huésped en su departamento y vivir como alguien que reside permanentemente en él, especialmente en lo que se refiere a compartir?

